

1. Leer – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. Meditar – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. Reza – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. Contempla – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

[1] Concilio de Trento

[2] Fr. John Hardon, S.J., Diccionario Católico Moderno

[3] *El Orden de la Misa I*

[4] Santa Teresa de Lisieux

[5] Mateo 5:7

[6] Fr. Gabriel de Sta. María Magdalena, O.C.D; Divine Intimacy; pag. 779

[7] Beato Juan Pablo II el Grande; *Veritatis Splendor*; 104:2 and 105:1

[8] Papa Pablo VI

[9] Saint John Vianney

[10] Fr. John Hardon, S.J., Diccionario Católico Moderno

[11] CIC - 1257

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Lucas 18:9-14 - pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Lucas 18:9-14

Jesús dijo esta parábola por algunos que estaban convencidos de ser justos y despreciaban a los demás. “Dos hombres subieron al Templo a orar. Uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto de pie, oraba en su interior de esta manera: ‘Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros, o como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y doy la décima parte de todas mis entradas.’ Mientras tanto el publicano se quedaba atrás y no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ‘Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador.’ Yo les digo que este último estaba en gracia de Dios cuando volvió a su casa, pero el fariseo no. Porque el que se hace grande será humillado y el que se humilla será enaltecido.”

Lectura Espiritual

De San Ambrosio de Milán; Obispo y Doctor

Entonces, ¿qué es el hombre, si no lo visitas? Recuerda, Señor, que me haz hecho como uno que es débil, que tú me formaste del polvo. ¿Cómo puedo estar de pie, si no me miras sin cesar para fortalecer esta arcilla, para que mi fuerza proceda de tu rostro? *Cuando ocultas tu rostro, todo se debilita* (Salmo 104:29); si Tu volteas hacia mí, ¡ay de mí! No tienes nada que ver en mí, mas que la mancha de mis crímenes, no hay ganancia en ser abandonados o en ser vistos, porque cuando se nos ve, Te ofendemos. Sin embargo, podemos imaginar que Dios no rechaza a quienes ve, porque purifica a quienes él mira. Ante él arde un fuego capaz de consumir nuestra culpa (Joel 2:03).

Estar bien con Dios - Lección y Discusión

“Yo les digo que este último estaba en gracia de Dios cuando volvió a su casa”

Al igual que los dos hombres en el Evangelio de hoy (el fariseo y el publicano) tienen diferentes oraciones que le presentan a Dios, también tienen diferentes puntos de vista de los pecados que han cometido. Jesús dice que el publicano "estaba en gracia de Dios cuando volvió a su casa". Ambos hombres eran pecadores, pero sólo uno de ellos reconoce su pecado.

¿Que significa justificación? “La justificación es el cambio de la condición en la cual una persona nace como hijo del primer Adán en un estado de gracia y de adopción entre los hijos de Dios por medio del segundo Adán, Jesucristo nuestro Salvador”[1] Por los méritos de Jesucristo, nos convertimos en una nueva creación, nos convertimos en hijos e hijas de Dios y tenemos el privilegio de llamar a Dios "Abba, Padre". La Iglesia Católica identifica cinco elementos de la justificación. [2]

¿Cuál es el propósito principal de la justificación? El honor de Dios y de Cristo. Como hijos e hijas de Dios, nuestro objetivo principal es dar honor y gloria a Dios. Está en el apogeo de la plegaria eucarística, durante la misa, que el Sacerdote “toma el cáliz y la patena con la hostia y, elevando ambos, dice:

Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.”[3]

¿Cuál es el propósito secundario de la justificación? La vida eterna de la humanidad. “Caminemos en paz, nuestros ojos sobre el cielo, el único objetivo de nuestro trabajo.”[4]

¿Cuál es la causa, la razón, que podemos estar bien con Dios? La misericordia de Dios. Es así de sencillo, nos ama y nos enseña misericordia, aun cuando no nos la merecemos.

¿Cuál es el instrumento de nuestra justificación? El sacramento del Bautismo.

Qué constituye la justificación? La justicia de Dios. Él, que es justo, nos hace justos.

¿Qué podemos hacer para pagarle? No podemos hacer nada para pagar lo que pagó, pero podemos demostrar agradecimiento y darle gloria. Una forma de hacerlo es mediante la vivencia de la bienaventuranza, “Felices los compasivos, porque obtendrán misericordia.”[5] “Nosotros no somos justificados por nuestras virtudes y nuestras buenas obras, sino por la gracia y la caridad, que derrama el Espíritu Santo en nuestros corazones,” como quiere, “sí, pero siempre en proporción a nuestra humildad.”[6] No podemos llegar a ser auto-justificados, en la creencia de que no podemos hacer mal o que nuestros pecados son triviales e incluso excusables. “El publicano quizás podía haber tenido alguna justificación por los pecados que cometió, como para disminuir su responsabilidad. Pero su oración no habita en tales justificaciones, sino en su propia indignidad ante la santidad infinita de Dios: ‘Dios, sé misericordioso conmigo, un pecador!’ El fariseo, en cambio, es auto-justificado, al encontrar un pretexto para cada uno de sus defectos. Aquí nos encontramos con dos actitudes diferentes de la conciencia moral del hombre en todas las épocas. El publicano representa una conciencia «arrepentida», plenamente consciente de la fragilidad de su propia naturaleza y de ver sus propias faltas, cualesquiera que sean sus justificaciones subjetivas, una confirmación de su necesidad de redención. El fariseo representa una conciencia «satisfecha de sí misma”, bajo la ilusión de que es capaz de observar la ley sin la ayuda de la gracia, y convencido de que no necesita misericordia. Todas las personas deben tener mucho cuidado de no permitir ser manchadas por la actitud del fariseo, que pretende eliminar la conciencia de los límites de uno y del propio pecado.”[7]

¿De qué manera eliminamos el conocimiento de nuestro propio pecado? “La pérdida del sentido del pecado es el pecado más grande del siglo.”[8] Incluso hemos empezado a creer que el pecado no existe, que todo es relativo. Hay que recordar que un pecado es un pecado. El pecado es una privación del bien y es una ofensa a Dios. Un pensamiento, palabra o acción puede ser llamado un pecado, si se trata de una privación del bien y una ofensa a Dios. Esto es blanco y negro, bien

o mal. Lo que no sabemos con seguridad y tal vez sólo Dios puede saber, es la intención y circunstancia en que se cometió un pecado. Podemos juzgar un pensamiento, palabra u obra. No siempre podríamos ser capaces de juzgar la intención y las circunstancias en las que se cometió el pensamiento, palabra u obra. Debemos ser honestos con nosotros mismos. “O nos acusaremos a nosotros mismos o nos excusaremos.”[9] El fariseo, se excusó, el recaudador de impuestos se acusó a sí mismo.

¿De qué manera nos convencemos a nosotros mismos de nuestra propia rectitud, dar excusas por nuestros pecados? En el libro Quiet Strength, el ex entrenador de la NFL, Tony Dungy en su primer trabajo como entrenador en jefe, asumió la tarea de reconstruir un equipo roto. Su equipo pudo haber tenido una larga lista de excusas, pero seguido de la regla simple: “No hay excusas, no hay explicaciones” Podemos ser quebrados en nuestro pecado y nuestras excusas y explicaciones de nuestros pecados es lo que nos mantiene rotos.

¿Qué nos está sucediendo realmente cuando somos justificados, cuando estamos bien con Dios? La Justicia de Dios, Él nos está haciendo justos a través de la gracia santificante. Por eso, cuando cometemos un pecado mortal después de ser justificados, ya no estamos en estado de gracia, por lo que ya no estamos justificados o hechos rectos ante los ojos de Dios. “Los adultos que han pecado gravemente después de haber sido justificados pueden recibir la justificación por la absolución sacramental o perfecta contrición por sus pecados.”[10] Cuando cometemos cualquier pecado, pero sobre todo el pecado grave, debemos hacer un buen o perfecto acto de contrición. La contrición perfecta no toma el lugar de la confesión sacramental, sino que nos prepara para la confesión sacramental. Cuando hemos cometido un pecado grave y hemos hecho un acto de contrición, debemos buscar la confesión sacramental, tan pronto como nos sea posible, y abstenernos de recibir la Eucaristía. “Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo, pero él mismo no está reducido a los sacramentos.”[11]

¿Qué significa que los sacramentos son vinculantes, pero que Dios no puede ser reducido a los sacramentos? Así como Dios ha vinculado la salvación al sacramento del Bautismo, Él ha vinculado la absolución, el perdón de los pecados personales después del bautismo, al sacramento de la Confesión. Dios, sin embargo, no está obligado por sus sacramentos, lo que significa que Él todavía puede absolver a aquellos que o bien no son capaces de ir a la confesión sacramental, o a aquellos que por causas ajenas a su propia voluntad no saben del sacramento.

¿Quién puede ser justificado? Todo mundo. Un bebé es justificado por el bautismo y la fe de la persona que solicita o confiere el sacramento. Los adultos están justificados por primera vez, ya sea por la fe personal, la pena por el pecado y el bautismo, o por el perfecto amor de Dios, que es por lo menos un bautismo de deseo implícito. Esto significa que en algún momento un adulto que fue bautizado como un infante debe elegir su fe personalmente, vivir sus votos bautismales. Los que no son bautizados deben tener dolor por el pecado y ser bautizados. Los que no saben del bautismo pero tienen un amor perfecto de Dios, son salvados por lo que se llama el bautismo de deseo. Los que no han sido bautizados, pero mueren por Cristo como mártires, son salvados por lo que se llama el bautismo de sangre.